



**J A REINA
DE SABA**

**LA INCREÍBLE HISTORIA
DE ISABEL BARRETO**

MARIO ESCOBAR

Una novela que te emocionará como *Inés del Alma mía* de Isabel Allende.

Mario Escobar fue el ganador del Premio Empik 2020 a la mejor novela extranjera en Polonia.

Una bella historia de amor, lucha, traición y pasión.

Isabel Barreto es una joven gallega que se embarca hacia el Nuevo Mundo para escapar de la pobreza, allí conocerá a Álvaro de Mendaña, descubridor de las Islas Salomón. Isabel acompañará a su marido a través de un viaje épico por el Océano Pacífico, donde tendrá que asumir el cargo de almiranta y gobernadora, hasta ese momento reservado a los hombres. La joven Isabel anhela también una vida de aventuras, vetada a las mujeres en la pacata sociedad del siglo XVI. La joven gobernadora tendrá que defender sus derechos en un mundo de hombres, que le niega convertirse en dueña de su propio destino.

En esta novela épica el aliento del amor concede una tregua a la rudeza, la violencia y la crueldad de un momento histórico inolvidable. A través de la pluma de Mario Escobar se confirma que la realidad puede ser tan sorprendente o más que la mejor ficción, e igualmente cautivadora.

A las mujeres que han emprendido caminos
que ningún hombre ha transitado jamás.

A los cientos de españoles que dejaron sus vidas en el
Pacífico
y descubrieron mundos que jamás pudieron narrar.

“Y el rey Salomón dio a la reina de Saba todo lo que ella
quiso, y todo lo que pidió, además de lo que Salomón le
dio. Y ella se volvió,
y se fue a su tierra con sus criados”.
2 de Crónicas 9:12

“Quienes no se mueven no notan sus cadenas”.
Rosa Luxemburgo

Prólogo

Todavía no había amanecido a pesar de que, en la línea del horizonte, la claridad comienza a dividir la oscuridad de la noche del presto día. Isabel ya está en pie y, con la vela encendida, mira de nuevo las cartas esféricas. Las examina con el mismo cuidado con el que acariciaría al niño que nunca tuvo. Más tarde las guarda en su arcón, como si fueran el último tesoro que aún le quedara. Después se asoma a la ventana y otea el horizonte entre los abedules que ya están amarillos. Echa de menos la Mar, las interminables jornadas donde los galeones surcaban lo desconocido y se adentraban en el fin del mundo.

La sirvienta llama a la puerta, y con un gesto le anuncia que el desayuno está listo, toma su manto y se cubre los hombros, la casa se siente fría. Baja por las escaleras torpemente, nota cómo los huesos le crujen tanto como la madera podrida y, cuando llega a la cocina, se siente exhausta. La criada le pone un poco de pan de centeno con queso, la mujer come con poca gana y enseguida los deja a un lado, regresando a sus ensoñaciones como un quijote melancólico y taciturno.

Unos fuertes golpes en la puerta despiertan del todo a las dos solitarias mujeres. Se miran sobresaltadas, con los ojos le indica a la criada que se apresure a abrir la puerta, a pesar de que no esperan a nadie a esas intempestivas horas.

—¿Quién va con estas prisas? —pregunta la mujer, pero la única respuesta que recibe es un silencio tan incómodo

como el estruendo de los golpes. Duda, mira de nuevo a su ama y abre el portalón. Fuera, el frío y la oscuridad reinan de tal forma que siente un escalofrío que le recorre el cuerpo. No se ve a nadie con la escasa luz que se escapa por la rendija.

—¿Quién va?

No hay respuesta, pero entonces, alguien empuja la puerta con fuerza y la criada cae al suelo, golpeándose en la cabeza.

—¡Dio mío! —exclama la muchacha asustada e intenta levantarse, pero dos figuras negras entran empujando el frío al templado interior de la casa. La figura más alta apunta con un arcabuz a la sirvienta y le dispara a bocajarro. La sangre salpica por todas partes, mientras la otra figura, vestida de negro, cierra el portalón.

—Isabel Barreto, supongo. Sois vos, ¿verdad?

La señora no se molesta en contestar. No teme a las armas de fuego y, sobre todo, no teme a la muerte. Ya se ha visto cerca de ese trance muchas veces.

—Perdone que no me presente —dice la figura más alargada, embozado el rostro y con una daga en la mano. Su acento le delata como extranjero, posiblemente inglés.

—¿Desde cuándo el diablo anuncia su llegada? —comenta Isabel sin levantarse de la mesa.

—No soy el diablo, señora. Solo quiero que nos dé las cartas de navegación de su esposo.

—¿Qué esposo? He tenido dos y ambos están ya descansando con nuestro Señor.

—De don Álvaro de Mendaña, el descubridor de las islas Salomón en los mares del sur.

Isabel se pone en pie y se aproxima al hombre, huele a perfume y a sudor de caballo. Sin duda ha hecho un largo viaje.

—¿Sabéis que aquí se queman a los herejes? No he conocido a un inglés que no lo sea.

—No tengo tiempo, señora y mucho menos paciencia.

La mujer se dirige a las escaleras con un candelabro en la mano y comienza a ascender hasta su cuarto. Los dos hombres la siguen hipnotizados por la luz; ella se inclina sobre el arcón y lo abre con una llave que tiene colgada al cuello. El tintineo suena al chocar la cadena con el metal.

En su interior hay algunas sedas, sobres, rollos de cartas marinas atados con cintas rojas.

Isabel se gira hacia ellos y les dice:

—¿Es esto lo que buscáis?

Los ojos azulados de los dos enmascarados brillan ante la luz de las velas.

Entonces, la mujer lanza el candelabro al arcón y los papeles y las telas comienzan a arder.

—¡Hideputa, apaga eso de inmediato!

Mientras una de las figuras se afana por sofocar el fuego, el otro hombre pone su puñal en el cuello de la dama.

—¿Queréis ocultar más tiempo la ruta a las islas Salomón? Juro por mi rey Jacobo que no habréis de vivir por más tiempo.

El hombre le corta el cuello y la última luz que ilumina los ojos azules de Isabel son los recuerdos de los mares turquesas y las playas de arena tan blanca como la harina de aquellas islas lejanas. Después se desploma en el suelo de madera hosco y exhala su último suspiro.

—Aquí únicamente queda este cuaderno —comenta el hombre alzando con la mano un pequeño librito encuadernado en piel y cerrado con una pequeña argolla dorada.

El asesino toma el librito y lo guarda bajo su capa. Los dos hombres se dirigen hacia la planta baja, tienen que llegar a su barco antes de que amanezca y los españoles descubran su hazaña. Mientras corren hacia la barca que los espera en la playa, el más alto siente el lomo del cuaderno en su costado y reza a Dios para que encuentren en él lo que no han hallado en las cartas esféricas.

Primera parte: Las mujeres intrépidas

1. Una vida entera

Los sueños son el camino que nos empujan a conseguir gestas inimaginables. Mi esposo llevaba casi veintiocho años persiguiendo los suyos y cuando me convertí en su esposa, aquellas fantásticas quimeras se hicieron también las mías. Los intrépidos y, a veces, temerarios idealistas son los que trastornan el mundo. Los hombres antiguos domesticaron al caballo y construyeron los primeros buques con la ensoñación de dejar su modesta aldea y descubrir qué había al otro lado del mar que sus ojos contemplaban en el horizonte. Mientras la humanidad roturaba la tierra y los bosques comenzaban a tener dueño, unos pocos aventureros intentaron ir más allá. Se lanzaban al mar a la aventura, como si la suerte ya estuviera echada, esperando que los dioses los ayudaran a alcanzar la gloria y la inmortalidad. Los griegos fueron los primeros que se dejaron seducir por el espíritu de Jasón y sus argonautas. Moisés, patriarca del pueblo elegido, también emprendió un viaje épico con los israelitas hasta la tierra prometida. Homero recorrió con su imaginación lugares mágicos, a pesar de la oposición de los dioses. Pero fue el gran Heródoto el primer viajero que surcó las olas del viento e intentó comprender el mundo en su plenitud. Desde entonces todos los hombres que así se han considerado, han perdido el respeto a Poseidón y han cruzado mares y océanos en pos de la gloria. Mi esposo, Álvaro de Mendaña, no buscaba honores ni fortuna, ni privilegios ni títulos, era de ese tipo de españoles que se conformaban con contemplar con sus ojos la vida y devorarla con los sentidos, pero antes de contar su historia y la mía déjenme que me presente.

Mi nombre es Isabel Barreto, nacida en las tierras que el apóstol Santiago bendijo y convirtió en míticas, criada en

bosques misteriosos de neblinas aterradoras y prados salpicados de fecundos animales. Algunos han comentado que mi abuelo era Francisco Barreto, conocido gobernador de la lejana India; otros han escrito que mi progenitor era Nuño Rodríguez Barreto, conquistador del Perú, nacido en Lisboa y que mi madre era Mariana de Castro, natural de la isla de Madeira. A veces hay que permitir que tu historia se convierta en leyenda, porque los vanos mortales somos demasiado vulgares para alcanzar la inmortalidad.

Siendo todavía muy joven salimos de nuestra casa para no regresar. Mis hermanos y yo vimos la ciudad de Lima por primera vez en 1588; en aquel momento yo tenía quince años y mi hermano Lorenzo era algo mayor. El resto de mis hermanas y hermanos apenas levantaban un palmo del suelo. Si no hubiera sido por la generosidad de doña Teresa de Castro, esposa de García Hurtado de Mendoza, recién nombrado virrey del Perú, no quiero imaginar cómo hubiéramos sobrevivido en una tierra extraña. Mis padres poseían una considerable fortuna por su negocio de transporte de mercancías, pero al poco de llegar al Nuevo Mundo nos dejaron huérfanos. Nos dejaron demasiado pronto, cuando todavía no comprendíamos nada del mundo.

Ahora que todo esto forma parte del pasado, mientras observo nuestra nave en el puerto y comenzamos a soñar con un nuevo viaje a las islas Salomón, tomada del brazo de mi galante esposo, no puedo evitar sentirme emocionada.

—No es muy glorioso nuestro navío —comentó Álvaro que a sus cuarenta y ocho años aún conservaba gallardía y elegancia.

—La gloria no está en el barco, esposo, siempre se encuentra en su almirante.

Álvaro me sonrió y después revisó con la mirada las velas, los aparejos y los cuatro palos.

—¿Aguantará un viaje tan largo y difícil? Hace veintiocho años nos costó lograr la hazaña, ahora soy más viejo,

llevamos cuatro navíos y casi cuatrocientas almas, entre ellas mujeres y niños. Nada puede fallar.

No me gustaron sus palabras, sabía que era joven e impetuosa, algunos me miraban con malos ojos, porque las mujeres bellas siempre hemos sido juzgadas con severidad por los caballeros y las damas, como si fuera un sacrilegio haber sido favorecida por los deseos de Venus.

—Ya sé que el glorioso emperador Carlos prohibió a las mujeres embarcar para el Nuevo Mundo y han estado excluidas de casi todas las hazañas que los españoles hemos conseguido en este glorioso siglo, pero eso está a punto de cambiar. El almirante Colón, Juan Sebastián Elcano y Vasco Núñez de Balboa no gozaron de vuestra fortuna. Las mujeres siempre damos otra perspectiva a las cosas. Pensad en doña Inés Suárez, sin ella no hubiéramos conquistado Chile.

Mi esposo me observó con admiración y cariño, le gustaba comentar que jamás había conocido a una mujer como yo, aunque no estaba segura de si lo hacía simplemente para halagarme.

—A veces exageráis como un sevillano y divagáis como un gallego —bromeó Álvaro.

Los dos regresamos del puerto a caballo hasta nuestra residencia en la ciudad. Mientras recorríamos las calles recordé mi amada Galicia, a pesar de llevar tantos años lejos de ella. Siempre que veía las montañas pensaba en sus verdes colinas. Los montes de Lima estaban pelados y una niebla perpetua nos helaba los huesos.

—¿Estáis otra vez ensoñando, querida esposa?

—No me acostumbro. Siempre que miro las montañas creo ver las de mi pueblo.

—Pensáis que yo no echo de menos el Bierzo. No hay español que se precie que no sienta cierta melancolía por su tierra. Aquí intentamos reproducir el viejo mundo, pero nada es igual ni nada sabe de la misma forma.

Llegamos a las puertas de nuestro palacete y los criados se hicieron cargo de las cabalgaduras. Caminamos por el suelo empedrado hasta el patio interior. Allí estaban Gerónimo y Diego practicando con la espada. Me puse detrás de Diego y le pedí su arma. Después me remangué las faldas con la mano izquierda y arremetí contra Gerónimo. Estuvimos un buen rato batallando hasta que toqué su pecho con la punta del acero. Mi hermano frunció el ceño y tiró la espada.

—¡Maldita sea, Isabel! ¡Ya sabes que la guerra no es cosa de mujeres!

—Siempre te he vencido a la esgrima. ¿Acaso no soy una mujer?

Mi esposo soltó una carcajada. Seguimos nuestro camino hasta el salón principal, allí Lorenzo y Lope de Vega se entretenían mirando cuidadosamente las cartas esféricas.

—Aquí se encuentran mis dos cuñados preparando la expedición. Nunca he conocido a hombres tan tenaces como ellos.

Álvaro había luchado tanto tiempo para preparar su segundo viaje a las Salomón, que apenas podía creer que ahora todos estuviéramos a su lado. No se acostumbraba a no tener que soñar a solas, ahora debía compartir sus anhelos con nosotros.

—Le comentaba a Lope que tiene que partir de inmediato a Paita, para prepararlo todo. Necesitamos más colonos y avituallamiento. Las islas no se van a poblar solas y tenemos que llevar víveres suficientes.

—Todo se andará, Lorenzo. Las prisas jamás han sido buenas consejeras.

—¿Prisas? —preguntó Álvaro sorprendido—. Llevo desde antes de que vuestras mercedes naciesen queriendo regresar a las islas. Cada minuto cuenta, sabéis que hay más enemigos de esta expedición que amigos. El rey ya no quiere ampliar más el imperio, los ingleses nos acosan por

todas partes, y es de la opinión de limitarse a afianzar lo que ya hemos conquistado.

—Tenemos de nuestro lado al virrey —comentó mi hermano Lorenzo.

—Los virreyes vienen y van, no sabemos cuánto tiempo nuestro querido marqués de Cañete estará en el Perú.

—No temáis, esposo, García Hurtado de Mendoza se encuentra aún en la edad de la virilidad y su esposa no le dejará que nos abandone.

Álvaro arqueó una ceja, era un hombre apasionado pero escéptico, muchas veces había visto cómo su amado plan se retrasaba por imprevistos o falta de recursos.

—Seguiremos con nuestros planes, que no quiera Dios que el virrey se arrepienta o los marineros se nieguen a echarse a la mar. Ya saben vuestras mercedes que nuestro piloto Pedro Fernández de Quirós es de los más capaces del mundo, pero tiene dudas acerca del viaje. El viernes día nueve iremos al encuentro de Lope, que saldrá mañana mismo para Paita, y que tendrá todo listo a nuestra llegada. Mañana comenzarán a cargarse las naves y preparar las cartas esféricas nuevas.

A Lorenzo y Lope les pareció bien las órdenes de mi esposo. Después me retiré a mis aposentos. La mañana era fresca, como todas en aquella ciudad. Mientras me desnudaba escuché que alguien llamaba a la puerta.

—Adelante.

Mi hermana Leonor se asomó y después entró sin esperar mi permiso.

—Estáis cambiándoos, vendré más tarde.

—No hace falta Leonor, podéis entrar.

Me senté en el borde de la cama y la invité a que me imitase.

—¿Por qué yo no puedo ir en la expedición? Os acompañará Mariana, Diego, Lorenzo y Luis.

—Ya lo sabéis, Mariana viene con su esposo Lope, bueno su futuro esposo quiero decir, aquí debéis quedaros Ge-

rónimo, Gregorio, Antonio y vos. Nuestra familia tiene muchos negocios en Lima y Nueva España.

Leonor parecía contrariada, era la que más se parecía a mí, con aquellos ojos azules y su pelo triguero. Su piel blanca y tersa daba la sensación de estar esculpida en mármol.

—Yo tengo sed de aventuras como vos, no quiero quedarme para atender la casa y dar de comer a mis hermanos.

—Os prometo que una vez que estemos establecidos en las islas os haremos llamar. Necesitaremos muchas manos para construir allí un mundo nuevo. Será como el viaje de nuestro querido almirante Colón. Álvaro está a punto de realizar una hazaña de la que hablarán los hombres durante generaciones.

Leonor apoyó su cabeza en mi pecho y acaricié sus largos cabellos.

—¿No será que echaréis de menos a vuestro prometido?

El prometido de mi hermana, Rodrigo, viajaba en nuestra nave con el cargo de teniente. Dos lágrimas comenzaron a surcar sus mejillas y llegaron hasta mis dedos.

—Ángel mío, cuidaré de tu amado y cuando os volváis a ver, con la ayuda de Dios, podréis casaros.

Mientras consolaba a mi hermana me pregunté si sabría que no es fácil ser esposa: los hombres eran demasiado orgullosos para comprender que Dios nos había creado para complementarnos, no para que el varón se enseñoreara de la hembra. Nuestro Señor me había dado por marido a un hombre excepcional, pero todas las esposas no tenían la misma fortuna.

2. Vicisitudes

Puerto del Callao, 7 de abril de 1595

No soy marinera, el mar siempre me ha causado un profundo respeto, por ello valoraba mucho que mi esposo hubiera ofrecido a don Pedro Fernández de Quirós la dirección de las naves. Don Pedro era un hombre recto y severo, su expresión siempre transmitía una mezcla de preocupación y soberbia, algo poco común entre los portugueses que había tratado, que eran muchos. Aunque el rasgo que más caracterizaba a su persona era la altivez. Llevaba desde joven sirviendo en la Armada española, ya que nuestros dos reinos estaban unidos bajo un único monarca desde que el rey Prudente reclamase la corona de Portugal, tras la muerte de su sobrino Sebastián I. El piloto iba siempre acompañado de un escritor y poeta llamado Luis Belmonte Bermúdez, que se dedicaba a contar la vida del piloto mayor, como si se tratara del mismísimo Pizarro.

El día anterior había partido para Paita mi cuñado Lope de Vega y mi hermana Mariana parecía muy alicaída.

—No te preocupes, Lope es un diestro navegante —le dije mientras observábamos cómo se cargaba la nao. Los indios se afanaban en subir las provisiones en fardos y las tinajas de agua junto con los animales que nos acompañarían en el viaje.

—Ya lo sé, pero no nos hemos separado desde nuestro compromiso. Le echo mucho de menos.

Aquel comentario me hizo sonreír, ambos eran tan fogosos que habían escandalizado a los criados en nuestro palacete. Me preguntaba cómo se las iban a apañar en un barco estrecho, donde la intimidad prácticamente no existía.